



Irving Penn

## Grandes ladrones

**L**a moral de los peruanos es bastante relajada. Parece que fuera un rasgo básico de nuestra idiosincracia. «Robó, pero hizo obra» es el lema político que mejor nos define, muchísimo mejor que Honradez, Tecnología y Trabajo. Roba, pero haz... un colegio, una posta. El robo desde el Estado es moneda común en América Latina y no hay país que pueda escapar de ese negro designio. Incluso en los países desarrollados se cuecen habas y las redes políticas se encaraman en las altas esferas del poder para robar y robar y robar, que ésa es la palabra.

La mafia fujimontesinista fue descubierta en el 2000, iniciándose el nuevo siglo, y hasta la fecha, tres largos años después, poco es lo que se ha avanzado en la detención y juicio de sus mayores representantes. La gente no tiene la sensación de que se vaya a hacer justicia. Más bien, con el paso del tiempo, cunde la idea de que la justicia no llegará a buen puerto y que se enredará con la noción de lo jurídico, aquel conjunto de leyes importantes, sin duda, pero que incorpora una serie de artimañas que benefician, a la larga, a los culpables de la corrupción. Montesinos, por ejemplo, dificulta que se le inicien juicios por narcotráfico o tráfico de armas, y se da el lujo de amenazar a los jueces. La corrupción, simple y sencilla, le conviene.

Vladimiro Montesinos Torres, además, se ríe por dentro de la ineptitud de la administración de justicia peruana —donde tiene muchos aliados todavía— y de la manera laxa con la que estamos acostumbrados a entenderla. Los cargos públicos son entendidos como un medio para hacer dinero ilícito, fácil y rápido. La gestión nacional, regional, departamental, provincial y distrital, a su nivel y ritmo, sirven para amasar una pequeña fortuna. Genio y figura, hasta la sepultura. Peruano soy y no me compadezcas; politiquero, empleado público, lo que sea, caray, con tal de meterme unos cobres al bolsillo.

No se trata de decir que antes de los vladivideos también se robaba, pero que nadie los había visto. Ahora se los ha visto, verdad, pero ese argumento no sirve para exculparlos y decir que siempre se ha robado en el Perú. Siempre se ha robado, cierto, pero pocas veces se ha ejercido justicia. Robo e impunidad es una terrible asociación, una desgraciada costumbre peruana. Antes era entre los oligarcas, después entre los militares y ahora, abierta y organizadamente, entre los políticos y su repartición estratégica entre los diversos representantes oficiales más visibles.

Si en los noventa se hizo una superficial diferenciación entre los políticos tradicionales y los de nuevo cuño, ahora todos pasan por el mismo tubo. Y los militares no han escapado a su viejo hábito. Y los empresarios intentan pasar solapas, pero es verdad que hay más militares que civiles en el penal de San Jorge. En aquellas paredes es difícil encontrar a Jorge Camet, a Carlos Boloña, a Juan Carlos Hurtado Miller, a Eduardo Calmell del Solar, a Ernesto Shutz o a los Crousillat.

Nuestra administración de justicia no está preparada para actuar ante tantos delitos simultáneos y tantos megajuicios. Le falta recursos, dinero, logística, infraestructura, material humano, capacitación, computadoras. Pero, sobre todo, al país le falta una ciudadanía consciente de sus derechos y deberes, y tiene una necesidad urgente de exigir que no exista más impunidad.

Somos conscientes de que estos temas caen pesados, que son considerados de gente pesada, de personas que insisten en lo mismo y en lo mismo, como una cantaleta, cuando ya debería pasarse este incómodo capítulo. En las próximas páginas le metemos diente a unos cuantos de estos peces gordos, una miradita a sus cuentas, a su desparpajo y a su manera tan desenvuelta de andar en el campo del delito con el uniforme bien puesto. ■